



Una conversación “Hasta lo más cotidiano tiene un reverso oscuro y fantástico”

Por Alberto López Aroca



Para mí, el placer de leer un buen cuento es superior al de leer una buena novela

Aunque el mayor reconocimiento a sus méritos literarios se lo ha brindado el público, Eloy M. Cebrián (Albacete, 1963) puede presumir de ser uno de los prosistas más premiados de nuestra ciudad (con la venia de algunos "concurristas profesionales"), amén de ser un autor que publica con frecuencia en editoriales nacionales. Por si fuera poco, desde 1999 dirige la gaceta literaria *El Problema de Yorick*, a la que se puede acceder a través de la web www.elproblemadeyoric.kk.tk. Eloy ha tenido a bien charlar con

nosotros y hacer un poquito de literatura oral...

Pregunta: ¿Cuántas veces te han preguntado: “¿cuándo pones el título, antes o después de terminar el libro?” o “¿cuánto tardas en escribir una novela?”

Respuesta: Sí, son preguntas que oigo con frecuencia. Me las han hecho tanto los adultos de los clubes de lectura como los chicos de los institutos. Creo que es lógico que la gente quiera saber ese tipo de cosas. Cuando uno lee un libro ve el producto acabado, pero a todos nos interesa conocer algo del proceso de escritura. Es la misma curiosidad que a algunos nos lleva a devorar los “extras” en los DVDs, el “making of” y todo eso. ¿Quién no se ha sentido fascinado cuando ha tenido ocasión de visitar el taller de un artesano para ver cómo trabaja? Sin embargo, a veces a uno le gustaría oír alguna pregunta distinta, como aquella vez que me soltaron: “A ver, cuéntanos las 24 horas de la vida de un escritor”. Me quedé de piedra.

P: *Las luciérnagas* y *20 cuentos más* será tu primer volumen dedicado a la narrativa corta. ¿Qué podrá encontrar

el lector en este libro?

R: Se trata de una selección de los cuentos que he escrito en los últimos diez años, es decir, desde que comencé a escribir. Puesto que para mí este tiempo ha sido un período de aprendizaje del oficio, los cuentos son muy heterogéneos. Se ensayan diferentes estilos, son de extensión muy diversa y se toca una gran variedad de temas, aunque con cierto predominio del género fantástico. Creo que esta variedad hace que el libro resulte entretenido. Pero hay algo más. He escrito un

la técnica que empleé en cada caso. Es como si cada relato incluyera un pequeño folleto de instrucciones, un vistazo al “taller del artesano” que mencionaba antes. Aproximadamente un tercio de los cuentos son inéditos, y a los ya publicados les he lavado un poco la cara. Espero que el libro aparezca hacia finales de este año. Tenía intención de publicarlo antes, pero se me han cruzado un par de libros más en el camino y éste tendrá que esperar.

P: Una cuestión espinosa es la de

Cuando uno lee un libro ve el producto acabado, pero a todos nos interesa conocer algo del proceso de escritura... como un ‘extra’

prólogo donde intento dar mi visión del cuento literario y hablo de la fascinación que nos producen los buenos cuentos y de la dificultad que entraña este género. También he rematado cada cuento con un breve comentario en el que relato las circunstancias en las que se escribió y

los géneros temáticos: la serie negra, el terror, romántico, ciencia-ficción, histórico... ¿Qué opinas de las etiquetas, y de los que las ponen?

R: Yo soy un enamorado de la literatura “de género”. Si te echas un vistazo a mi biblioteca, verás que abundan los

libros de ciencia-ficción, novela histórica, novela policíaca, fantasía y terror. No me interesa el realismo puro y duro. Creo que hasta lo más cotidiano tiene un reverso oscuro y fantástico, y que una de las tareas del escritor es mostrar ese “otro lado” de la vida. Me resulta muy placentero mezclar y subvertir los géneros. En cuanto a las etiquetas, supongo que es una forma de orientarse en el laberinto de títulos que van apareciendo. Al menos así uno sabe a qué sección de la librería debe acudir primero. Sin embargo, me siento indignado cuando estas denominaciones se usan para menospreciar ciertos temas o ciertas modalidades de narrativa. No creo que existan géneros menores, sino lectores menores, y esto suele ser producto de la estrechez de miras.

P: Y luego está el otro punto de vista, el de los géneros literarios. Hasta ahora, tus obras más conocidas son, fundamentalmente, novelas. ¿Qué ha sido del cuento literario en nuestros días? ¿Está relegado a las cuatro antologías de autores clásicos, o los nuevos escritores tienen opciones de publicar sus cuentos?

R: Para un autor nuevo es enormemente difícil publicar un libro de cuentos. Y me da la impresión de que también lo es para los autores consagrados. Los motivos son fundamentalmente comerciales. Las editoriales publican muy poca narrativa corta porque en este país no se vende bien, salvo quizá en forma de antología. Creo que a muchos lectores les da pereza leer cuentos porque supone un esfuerzo adicional con respecto a la novela. Para mí, el placer de leer un buen cuento es superior al de leer una buena novela. Un cuento tiene que funcionar como un mecanismo de relojería, no puede haber errores, porque no habrá ocasión para recuperarse más tarde, cosa que sí ocurre en las novelas. Mi amigo Antonio Ramos compara las novelas con las carreras de larga distancia, mientras que los cuentos serían como una carrera de 100 metros. El menor error te cuesta el fracaso. Para el lector, el hecho de toparse con uno de estos cuentos perfectos supone una experiencia inolvidable. ¿Quién no recuerda la primera vez que encontró a Borges, a Carver o a Poe? Pero, volviendo a tu pregunta, hay algo que hacen del cuento un género muy apetecible para los autores noveles. La primera es la posibilidad de verlos publicados en revistas literarias. Esa es la forma en que todos contraemos el virus de la letra impresa.

P: Has dicho que antes de *Las luciérnagas...* se te han calado otros libros. ¿Veremos pronto en las librerías alguna obra tuya?

R: Estoy preparando una nueva versión de mi novela *Memorias de Bucéfalo* para Alaguara Serie Roja, la colección juvenil en la que se publicó *Bajo la fría luz de octubre*. El libro aparecerá el próximo otoño con el título *Bucéfalo, memorias del caballo de Alejandro*. La otra novela, que voy a presentar en abril, en vísperas del Día del Libro, es *El fotógrafo que hacía belenes*, el libro con que gané el premio Francisco Umbral hace un par de años. La



“Dicen que cualquiera que sea el tema sobre el que escribamos, siempre escribimos sobre nosotros mismos”

publicación estaba pactada con la editorial Algaidea, pero después de un vía crucis de retrasos y desencuentros con estos señores le pedí a los organizadores del premio que me dieran otra alternativa, pues estaba deseando que este libro saliera para poder olvidarme del asunto. Finalmente va a aparecer en una pequeña editorial zaragozana llamada Zócalo, que compensa su modestia con honradez, amor por la literatura y respeto hacia los autores.

P: *Memorias de Bucéfalo* es tu primera novela, intencionadamente juvenil, y tiene tras de sí una larga serie de tribulaciones. ¿Cómo ha llegado hasta Alaguara?

R: Las tribulaciones son frecuentes entre los autores que estamos empezando, de modo que más vale hacerse a la idea de que hay que aceptárselas como algo inevitable. La relación con las editoriales suele ser una fuente constante de problemas. Para la mayoría de los editores (con honorables excepciones) el libro es poco más que un producto de consumo, mientras que los vínculos de un autor con su obra son de una índole mucho más íntima. Eso termina provocando conflictos, y quienes más los sufren suelen ser la parte más débil, es decir, los escritores. Mi novela de Bucéfalo apareció originalmente en la Diputación, publicada en dos volúmenes. Más tarde tuve una oferta de una editorial importante, pero con condiciones. El libro debía ser abreviado considerablemente. Accedí a hacerlo y pasé un verano entero trabajando en ello. Cuando llegó el momento de publicar, la editorial cambió de

idea y mi trabajo no sirvió para nada, al menos en aquel momento. Pero me preguntabas también cómo llegó a Alaguara. En esto tengo que reconocer la ayuda del señor Oliver Stone. *Bajo la fría luz de octubre*, la novela que me publicó Alaguara con ocasión del premio Jaén, ha funcionado bien y ha tenido buenas críticas, y eso me ha facilitado la publicación de este segundo libro. Eso y la película, naturalmente, que ha vuelto a reavivar el interés por el personaje de Alejandro Magno.

P: *El fotógrafo que hacía belenes* es la otra obra que aparecerá en breve, y nos la han descrito como un “thriller” español.

R: En sus aspectos más externos, el libro es efectivamente una novela policíaca de serie negra. Sin embargo, yo lo concebí más bien como un libro de sátira social, un esperpento en el que se ridiculizan una serie de prototipos sociales y nadie se libra de su ración de estopa. Creo que fundamentalmente es un libro de humor en el que hay cierta mezcla de géneros (novela policíaca, sobre todo, pero con pinceladas del género gótico, incluso erótico). Lo que puedo asegurarte es que lo pasé estupidamente escribiéndolo, y que espero ser capaz de contagiar esa alegría al lector.

P: En cualquier caso, tu mayor éxito hasta la fecha ha sido *Bajo la fría luz de octubre*, novela juvenil ambientada en los años de la Guerra Civil y la posguerra, en Albacete. Según cuentan nuestros mayores, que han leído la novela, has reflejado con muchísima fidelidad

aquellos terribles años...

R: Eso me dice la gente mayor que la ha leído, efectivamente. La verdad es que no me resultó difícil escribir ese libro. Lo único que tuve que hacer fue sentarme a escuchar a las personas que vivieron esos años terribles de la España en blanco y negro, la España del hambre y de la represión. Mi fuente principal fue mi tía Maruja Cebrián, que acabaría convertida en la protagonista del libro. Pero no se trata en modo alguno de un libro de memorias. Fue necesario convertir en una novela todos esos recuerdos que mi tía me brindó, hacerlos pasar por el tamiz de la literatura. Más que escribir un libro sobre la Guerra Civil, mi intención era contar cómo aquel desastre afectó a la vida de la gente. Quería escribir una novela capaz de provocar emociones, más allá de la aritmética de las fechas y las cifras. La dificultad era mantener un tono contenido para que el libro no se adentrara en el territorio de lo patético, que está siempre lindando con lo ridículo. Un libro debe ser un catalizador de la emoción, pero no su recipiente. La sensiblería está reñida con la calidad literaria.

P: ¿Debajo de cualquier texto literario, histórico o no, subyace algún asomo de verdad?

R: A la verdad se puede llegar de muchas maneras, y creo que la literatura es una forma magnífica de alcanzarla. Muchas novelas nos ofrecen imágenes más dignas de una época que cualquier libro de historia, sencillamente porque son capaces de recoger el pálpito humano que la disciplina histórica rechaza en aras de la objetividad. Por otro lado, y en un sentido más íntimo, dicen que cualquiera que sea el tema sobre el que escribamos, siempre escribimos sobre nosotros mismos. Aunque *Bajo la fría luz de octubre* transcurre muchos años antes de mi nacimiento, el mundo que refleja en ella es en buena medida el mío. En el libro, por ejemplo, están contenidos unos cuantos recuerdos de mi propia infancia.

P: *Bajo la fría luz de octubre* ha sido objeto de lectura en diversos clubes de bibliotecas. ¿Qué tal resulta la experiencia del escritor que se encuentra cara a cara con sus lectores?

R: Estos encuentros con los lectores, bien sean adultos o adolescentes, son los que hacen que la tarea de escribir merezca la pena. Lo que lamento es no tener más tiempo que poder dedicar a esto. Me he sentido muy bien en cada uno de los encuentros con lectores que he hecho, aunque en ocasiones se ha discutido con cierta vehemencia. Es lógico cuando el libro que se comenta se refiere a la Guerra Civil. Algunas heridas son tan profundas que nunca cicatrizan.

P: Una pregunta obligada: ¿en qué estás trabajando actualmente? ¿Novela, cuento...?

R: Trabajo desde hace más de un año en una novela que lleva el título provisional de *Los fantasmas de Edimburgo*. Tal vez algún día la termine.

‘El fotógrafo que hacía belenes’ aparecerá publicado en el mes de abril por Zócalo Editorial

